

Georg Simmel

*Georg Lukács*¹

Traducción: Jorge Pabón

Georg Simmel fue, sin duda, la figura de transición más significativa e interesante de toda la filosofía moderna. Esta es la razón por la cual fue tan excepcionalmente fascinante para todos los talentosos filósofos de la más joven generación de académicos (que son más que inteligentes o diligentes especialistas en disciplinas filosóficas especiales), tanto que casi no existe uno entre ellos que no cayera bajo el influjo de su pensamiento por un corto o largo periodo. Pero, por la misma razón, esta fascinación era duradera solamente en los casos más raros. Simmel no ha tenido 'estudiantes' como Cohen, Rickert o Husserl; él era un gran estimulador mas no un gran educador o alguien que llevara las cosas hasta su término final, cuestión que nos lleva inmediatamente más cerca al centro de su naturaleza.

Simmel es con frecuencia llamado brillante en términos de halago y menosprecio. Pero esta caracterización, sin importar cuán acertada pueda ser, de ninguna manera alcanza el corazón de su personalidad filosófica. Simmel era brillante también en el sentido regular de la palabra y se podrían citar páginas de sus máximas, comparables con los grandes maestros del ingenio; pero la esencia de su espíritu yace más hondo: el suyo era un espíritu filosófico en el sentido más puro y verdadero, espíritu como solo es poseído por los grandes. 'Brillantés' significa su extraordinaria comprensión y expresión impactante de una materia filosófica aún sin descubrir. Su habilidad para ver el fenómeno más pequeño y accidental de la vida diaria tan claramente, *sub specie philosophiae*, hace que se torne transparente y, tras su transparencia, una coherencia formal eterna de significado filosófico se vuelve perceptible.

Simmel poseía este alto don de filósofo en una sobresaliente medida. ¿Por qué entonces, a pesar de esto, se le tiene solamente como a un deslumbrante y 'brillante' estimulador y no realmente como a un gran filósofo creador de una era? El fundamento de este fracaso en los asuntos más importantes, revela al mismo tiempo el punto donde las habilidades más ricas y fértiles de Simmel estaban ancladas: enfatizando el aspecto positivo, uno podría llamarlo su sensibilidad sin fronteras o restricciones; pero también habría que hablar de una falta de centro, de una inhabilidad para tomar decisiones finales absolutas, si también definimos los límites de su naturaleza traídos a luz aquí. Simmel es el más grande filósofo transicional de

¹ Traducción realizada a partir del texto **Georg Simmel** por Georg Lukács en: *Theory, Culture & Society* (SAGE, London, Newbury Park and Delhi), Vol. 8

nuestro tiempo; para condensar su grandeza y sus límites en una frase, él es el genuino filósofo del impresionismo. Esto no significa que simplemente haya traído a un nivel conceptual lo que el desarrollo de la música, de las artes visuales y la poesía impresionista expresaron; su trabajo es mucho más que una formulación conceptual de la *imagen del mundo* (*Weltanschauung*) impresionista. En realidad, torna en forma filosófica ese sentimiento por el mundo del cual provienen los más grandes trabajos de esta tradición. Da forma a la naturaleza del periodo inmediatamente anterior al nuestro en una forma tan problemática como cuando caracteriza los trabajos de un Monet o un Rodin, un Richard Strauss o un Rilke.

Cada impresionismo es, por su misma naturaleza, una forma transicional: se niega a la completud, la fatídica y premonitoria forma definitiva, por principio y no a partir de una inhabilidad de alcanzarla. (Esta caracterización, por supuesto, abarca solamente a los más altos representantes del impresionismo; en el caso de los epígonos y los seguidores, siempre es un caso de impotencia hábilmente disimulada.) El impresionismo experimenta y evalúa las grandiosas, sólidas y eternas formas como violentando a la vida, a su riqueza y sus colores, su plenitud y polifonía; es siempre una celebración de la vida y pone toda forma a su servicio. Con esto, sin embargo, la misma esencia de la forma se vuelve problemática. La heroica y trágica empresa de los grandes impresionistas consiste precisamente en esto: incapaces de escapar a la forma —el único medio posible de su existencia esencial— siempre demandan de ella y le imponen algo que contradice su significado, que anula la forma. Y es que, si la forma deja de ser autónoma, soberana y completa en sí misma, deja de ser forma. No puede haber forma que sirva y esté abierta a la vida.

A pesar de esta problemática permanente, aparecen en los trabajos de los grandes impresionistas del siglo XIX una profusión de valores eternamente imperecederos. Y es que, sin embargo autónomas y alejadas de la vida como las formas eternas deben ser en su perfección, aún necesitan referirse una y otra vez a la realidad, y tratar de absorberla en toda su multiplicidad, para que el trabajo que ahora es soberano y completo en sí mismo pueda ser un verdadero trabajo, un mundo autónomo, un microcosmos. Y cada gran movimiento impresionista es nada más que la protesta de la vida contra las formas que se han tornado demasiado rígidas y en esta rigidez, demasiado débiles para moldear e incorporar su plenitud. Pero en tanto los impresionismos se quedan cortos en esta apercepción intensificada de la vida, ellos son esencialmente fenómenos transicionales, preparando el camino para un nuevo clasicismo que vuelve eterna la completud de la vida que se ha vuelto perceptible a través de su sensibilidad en nuevas, duras, severas pero incluyentes formas. El lugar histórico de Simmel puede entonces ser formulado desde este punto de vista: él era un Monet de la filosofía que aún no ha sido seguido por un Cézanne.

La situación de la filosofía a la que Simmel llegó era la más sombría imaginable: la gran tradición de la filosofía clásica alemana parecía perdida; los importantes

forasteros de aquel tiempo (Nietzsche, Hartmann) se sostenían sin raíces o yendo con la marea del más desolador y desalmado materialismo y positivismo. Para una receptividad filosófica, la única manera que parecía disponible era la elevación de la sensibilidad a través de simpatizar históricamente con épocas y hombres del pasado (a la manera de Dilthey), porque incluso los comienzos del nuevo idealismo, que está floreciendo ahora, deben haber dado la impresión de que su fuerte énfasis en lo eternamente *a priori*, debía significar violencia a la plenitud de la vida, que su triunfo solo podía ser el triunfo del monismo metodológico formal, sobre el monismo sustantivo de la filosofía que era dominante entonces; la significación histórica de Simmel reside en esto. Desde el principio él ha sido el más conciso representante de pluralismo metodológico; el *pathos* de su filosofía tiene su origen en su reconocimiento maravilloso de la infinita diversidad de las posibilidades de enfoques filosóficos y temas. 'Hay muy pocas categorías, así como hay muy pocos sexos', dijo alguna vez en una conversación. Por supuesto, esta observación también captura los límites distintivos de su naturaleza. El descubrimiento de la pluralidad de enfoques filosóficos es para él el objetivo final, el fin en sí mismo, no un medio para encontrar un sistema complejamente organizado, aunque unificado.

A causa de la tendencia pluralista-asistemática de su pensamiento, Simmel ha sido frecuentemente llamado relativista. En mi opinión, esto es incorrecto. Relativismo significa dudar de la validez incondicional de los varios posibles enfoques (por ejemplo, ciencia y arte), y es por tanto totalmente independiente de la cuestión sobre si nuestra imagen del mundo tiene un carácter monista o pluralista. Simmel, por el contrario, se adhiere firmemente a lo absoluto de cada uno de los postulados; él considera cada uno como indispensable e incondicional — tan sólo que él no cree que pueda haber cualquier punto de vista *a priori* respecto al mundo que realmente abarque la totalidad de la vida. Cada uno ofrece sólo un aspecto, un aspecto *a priori* y esencial, pero solo un aspecto y no la totalidad misma. Lo que aquí separa a Simmel del pluralista, pero aún así unificado, sistema de filosofía que viene siendo perseguido actualmente, es exactamente este detenerse ante el reconocimiento de los aspectos individuales.

En parte, esto está conectado con su disfrute de lo cualitativo y único, con su placer en ser capaz de descubrir varias áreas de temas originales donde el embotamiento de otros ha visto una unidad indivisible, probablemente también con un genuino deleite impresionista ante su propia sensibilidad; pero su razón decisiva es que para Simmel el último recurso siempre fue algo más allá de todo postulado: la vida —sobre la cual los enfoques no pueden ofrecer más que aspectos. (En esto descansa la afinidad de su pensamiento con el de Bergson.) En medio de estos varios aspectos existen las más variadas e intrincadas conexiones a las que Simmel dedica toda la sensibilidad y agudeza de su pensamiento para desenredarlas. Pero en tanto —por causa de su actitud básica— esta red de interacciones debe permanecer como laberinto y no puede volverse un sistema, la sagacidad de Simmel que descubre, desenvuelve y une

nuevamente cada nuevo hilo y nudo, asume la apariencia de jovial, y su hipersensibilidad a cualidades recientemente descubiertas, la de una virtud confiable. Aún así, no importa cuán decisivamente rechazará su posición última, la nueva filosofía nunca dejará de lado sus formulaciones de cuestiones filosóficas.

El carácter del talento de Simmel hace entendible que sus más duraderas contribuciones sean en sociología y filosofía de la historia. La peculiaridad de estas dos disciplinas reside en la penetración recíproca de puntos de vista heterogéneos para formar una nueva unidad, en la interacción de lo condicionado y lo incondicional. Si la sociología antes de Simmel, especialmente la sociología marxista que era importante por su propia posición, tenía, también, la tendencia a resolver todo lo no condicionado temporalmente (religión, filosofía, arte) dentro de lo condicionado temporalmente, entonces la unilateralidad y debilidad de las grandes concepciones de filosofía de la historia de la época clásica, como la de Hegel, fue el intento de incorporar la temporalidad de la historia total y completamente dentro de la incondicionalidad de una relación puramente *a priori*. La significación de Simmel para la sociología —Pienso en primera instancia en su *Filosofía del dinero*— reside en esto: que él lleva el análisis de los factores condicionales tan lejos y los afila hasta tal refinamiento- a diferencia de sus predecesores- y aún así, al mismo tiempo, hace visible con inimitable agudeza la reversión de las limitaciones, su auto-contenimiento, su detenerse ante aquello que no puede ser condicionado. Una sociología tal como es llevada a cabo por Max Weber, Troeltsch, Sombart y otros, se ha vuelto posible sólo sobre las bases establecidas por él, sin importar qué tanto puedan diferir metodológicamente.

Ciertamente, esta sociología de Simmel es meramente un ‘experimento’ y nada completo; su ‘sociología’ lleva la marca de su impresionismo aún más fuertemente que el gran ensayo sobre el dinero; y sus esfuerzos en la filosofía de la historia fueron claramente concebidos como fragmentos. La innovación de su actitud se deja ver mucho menos en su trabajo en la teoría de la historia que en sus esfuerzos en considerar individuos históricos particulares filosóficamente. La manera en que Simmel comprende a Goethe, Kant, Miguel Ángel, Rembrandt y Rodin no es ni la del historiador que los inserta en una continuidad temporal de desarrollo o los considera como fenómenos de cierta época, ni tampoco la del sistematizador que disecta su trabajo en su normatividad *a priori*, separado de todo lo temporal; pero en cambio aquella del filósofo de la historia para quien cada una de estas grandes figuras es al mismo tiempo algo único y una categoría *a priori*. El impresionismo de Simmel ve en cada uno de estos genios una posibilidad frente a la totalidad de la vida determinada de manera única, pero al mismo tiempo eterna y *a priori*: su pluralismo refiere no sólo a las formas particulares de postular temas, sino también a las realizaciones individuales dentro de cada tipo de postulación. La imagen del mundo de Goethe es diferente de la de Kant exactamente en el sentido en que es una manera *a priori* y necesaria tanto como es la manera de formar conceptos en historia a partir de los de las ciencias naturales. Pero en tanto el impresionismo de Simmel es una profunda y

genuinamente filosófico, cada una de estas imágenes del mundo se vuelven algo absoluto. Así como la pluralidad de posiciones no pueden obliterar la validez incondicional de cada una de las individuales en su esfera, tampoco resulta cualquier relativismo de esta multiplicidad: la 'categoría' de Rembrandt es tan sólo tan absoluta como la 'categoría' de Miguel Ángel. Es la naturaleza metafísica del mundo no solamente permitir sino también demandar la multiplicidad de dichas 'categorías'. Desafortunadamente no puede indicarse aquí qué tan fructífero es este enfoque para la filosofía de la historia; mucho menos la relación entre Simmel y los esfuerzos que lo han seguido en esta área. Pero aquí, también, la esencia de su personalidad se muestra en su efecto: nadie ha seguido su camino directamente, pero nadie puede emprender nada esencial en filosofía de la historia sin haber examinado esta perspectiva.

Nota

Esta es una traducción de un artículo que apareció por primera vez en el periódico Húngaro Alemán *Pester Lloyd*, Octubre 2 de 1918. Este fue reimpreso en Kurt Gassen y Michael Landmann (editores), *Buch des Dankes an Georg Simmel: Briefe, Erinnerungen, Bibliographie* (1958, Berlin: Duncker and Humblot, pp. 171-6)